

Temario sobre la representación histórica y literaria de lo inmaterial

Nueve aproximaciones a la diversidad cultural

Coordinadores:

Edith González Cruz

Francisco Altable



Universidad Autónoma de Baja California Sur

Temario sobre la representación histórica y literaria de lo inmaterial

Nueve aproximaciones a la diversidad cultural

Coordinadores:

Edith González Cruz
Francisco Altable



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BAJA CALIFORNIA SUR**

DR. DANTE ARTURO SALGADO GONZÁLEZ
Rector

DRA. ALBA ERITREA GÁMEZ VÁZQUEZ
Secretaria General

DR. ALBERTO FRANCISCO TORRES GARCÍA
Secretario de Administración y Finanzas

LIC. JORGE RICARDO FUENTES MALDONADO
Director de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

LIC. LUIS CHIHUAHUA LUJÁN
Jefe del Departamento Editorial

D. R. © EDITH GONZÁLEZ CRUZ, FRANCISCO ALTABLE FERNÁNDEZ.

D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

Carretera al Sur, km 5.5, Col. El Mezquitito, CP 23080, La Paz, BCS.

Primera edición 2022

ISBN: 978-607-8654-76-5

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema –electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro–, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección, son propiedad de los editores.

Cuidado de la edición: César Daniel Mora Hernández

Diseño de portada: María del Carmen Camacho Rodríguez

Maquetación: Tania Jacqueline Espinoza Romero

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción.....	6
La reinención del otro. Imágenes del componente indígena de la sociedad en el noroeste de México	13
<i>Rosa Elba Rodríguez Tomp</i>	
Crónica o historia: en busca de una definición para la obra de Juan Jacobo Baegert sobre la península de California.....	42
<i>Francisco Altable</i>	
Paula Kolonitz y las representaciones mentales sobre cuerpo, vestido y moda en los inicios del segundo imperio mexicano.....	56
<i>Beatriz Bastarrica Mora</i>	
Periodismo y literatura en el Distrito Sur de la Baja California durante la etapa porfiriana	72
<i>Ignacio Rivas Hernández</i>	
Las festividades cívicas en la ciudad de La Paz durante la época porfiriana: una forma de cultivar la memoria histórica.....	89
<i>Edith González Cruz</i>	
Escribir con nitrato de plata. El fotógrafo Juan Rulfo y la imagen como apunte literario	107
<i>Juan Arturo Camacho Becerra</i>	

California habla en español a través de las ondas radiales: Historia de la radio Californiana	124
<i>Rebeca Acevedo</i>	
Estética gay: cine y machismo en México	139
<i>Rubén Olachea Pérez</i>	
Mohamed Chukri o la autobiografía antropofágica.....	158
<i>Mehdi Mesmoudi</i>	
Acerca de los coordinadores de este libro	172

Introducción

Jean Meyer afirma que “la verdad a que aspira la «ciencia histórica» es siempre fragmentaria”, que “el discurso del historiador nunca deja de ser un relato” y que los escritores de historias imaginadas “reconocen plenamente la irrupción de la historia en la construcción de sus ficciones”.¹ Las tres afirmaciones se relacionan íntimamente y reunir las en un solo párrafo no tiene otro propósito que el de ratificar algo que se sabe desde hace mucho tiempo, o desde siempre: que la historiografía y la literatura de ficción se entienden y comparten mucho de sus propios campos de acción.

Quienes coordinamos y participamos en esta obra no suscribimos la radical idea de que el texto histórico constituye un artificio, un armazón de figuraciones. Más bien nos inclinamos por una aseveración igualmente antigua y simple: que la historia habla acerca del pasado, es decir, de una realidad ya desaparecida, aunque el modo de expresarlo sea una representación fragmentaria de algo que existió y no existe más. De esta constatación nació el impulso y la creencia de que el discurso histórico podía llegar a ser un discurso científico. Ya luego, y desde hace casi medio siglo, se vio que eso era demasiado pedir, e incluso innecesario para la salud de la disciplina historiográfica. Por eso, quizás hoy más que nunca, cobran vigencia los escritos de William Herbert Dray en lo concerniente a una noción que todavía para muchos resulta difícil de digerir, esto es, que la historia puede explicar los hechos de una sociedad ya inexistente sin recurrir a un lenguaje causal fundado en supuestas leyes generales,² y que las narrativas históricas, como dice Paul Ricoeur en torno a las reflexiones de Louis O. Mink, son «conjuntos altamente organizados que requieren un acto específico de entendimiento expresado en forma de juicio», acto que no excluye en absoluto el ejercicio de la imaginación, antes lo requiere para llegar a una interpretación sensata.³ Por consiguiente, estamos ante un «tipo de juicio reflexivo», cuyas representaciones no pretenden la objetividad de las llamadas ciencias duras, pero tampoco renuncian a su conexión con la realidad social ni al bagaje literario con que se expresan. Diremos que la historia, parafraseando a Herman Northrop

¹ Jean Meyer, “Historia y ficción, hechos y quimeras”, *Documentos de Trabajo* 63 (marzo 2010): 1-32.

² William Herbert Dray, “Laws and Explanation in History”, *Mind* 270 (abril 1959): 265-268.

³ Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. I (Chicago: The University of Chicago Press, 1984), 186.

Frye, cuenta con una específica manera de aproximarse a lo real,⁴ una manera que permite el juego entre ambas formas de representar, la del historiador y la del escritor de ficciones, a veces de modo tan amalgamado que resulta difícil separarlas, como en los multicitados trabajos histórico-literarios de Carlo Ginzburg (*El queso y los gusanos*), Natalie Zamon Davis (*El regreso de Martin Guerre*), y Javier Cercas (*Soldados de Salamina*). De esta forma es fácil adherirse al planteamiento de que la ambicionada objetividad y la ineludible subjetividad humanas dialogan dentro de la narrativa histórica, tanto como lo hace el hecho histórico y la imaginación en el relato ficcional, y está bien que sea así, la historiografía se humaniza y la literatura se nutre.

Esto tiene su historia: en los últimos cincuenta años hemos regresado a una forma de pensamiento historiográfico que es tan vieja como nueva: la narración, esto es, la forma tradicional en que se organiza cualquier relato, resulta un medio idóneo para desarrollar una explicación acerca del pasado. Decimos que hemos regresado porque, como bien se sabe, durante la mayor parte del siglo pasado la historia narrada fue tipificada como un «género» carente de análisis crítico, veracidad, objetividad, científicidad, etcétera. La razón que alimentó dicho repudio es de sobra conocida: se llegó a la conclusión de que la “ciencia histórica” dependía de que el historiador se desentendiese de las particularidades, del dato aislado, del insignificante y efímero *événement* francés para concentrarse en los procesos estructurales de mediano y largo aliento, donde se creía que estaban las “verdaderas” explicaciones del devenir humano. El materialismo de cuño marxista, por su parte, abogaba por un discurso fundamentado en el análisis de tales estructuras sociales a partir de una dialéctica teleológica dinamizada por la lucha de opuestos en el plano de las relaciones económicas. Ambas visiones, especialmente la alemana, acabó desechando el viejo estilo narrativo por considerarlo una expresión retrógrada de concepciones ya superadas. Sin embargo, fueron precisamente tales paradigmas los que comenzaron a tambalearse a partir de los años sesenta de la segunda mitad del siglo XX, mientras que el relato recuperaba terreno como recurso discursivo de la investigación histórica. ¿Cómo se explica esta sacudida? Ocurrió que aquellas poderosas corrientes de pensamiento resultaron tan históricas como la sociedad misma que las acuna, es decir, estaban inexorablemente sujetas a la erosión temporal, al cambio, lo que, como se ha visto a lo largo de las últimas décadas, puso en la mesa nuevos desafíos teóricos y metodológicos.

Se cree que, como parte de dicho proceso, los excesos en que cayeron los historiadores científicos acabaron por deshumanizar las interpretaciones sobre el pasado.

⁴ Ricoeur, *Time*, 188.

Una buena parte de la historiografía se volvió número y malabarismo intelectual. Paralelamente, a raíz de la llamada crisis cultural de los años sesenta y setenta, se cuestionó la capacidad totalizadora de esos metarrelatos, así como la infalibilidad de sus presunciones objetivistas.⁵ Se decía que la “modernidad” llegaba a su fin y que asistíamos a la agonía de la concepción lineal y progresiva de la historia humana. De ahí que, con cierta frecuencia, y no pocas veces de manera desinformada, se asocie el llamado *narrativismo* con las tendencias más radicales del posmodernismo. La narrativa histórica, empero, no tiene por qué estar sujeta al yugo de posturas extremas, tanto si se trata de un científicismo renuente como de un relativismo implacable que niegue al historiador toda posibilidad de alcanzar algún grado de veracidad en sus explicaciones. Renunciar a dicha sujeción permitió vislumbrar una salida a la supuesta “crisis de la historia” y abrir nuevos caminos sin necesidad de derribar todos los puentes con la modernidad.

¿Y qué es eso que tiene el recurso narrativo que tanto le acomoda al relato histórico? Paul Ricoeur, que en vida consumió ríos de tinta para tratar de responder a esta pregunta, dice que el relato ordena y da sentido a la experiencia temporal de los hombres a través de la configuración de tramas compuestas de tres elementos constitutivos: los personajes, la temporalidad en que estos actúan y la disposición intrínseca del relato para explicar sus contenidos a través de su propia estructura sintáctica. Esta organización es tan consustancial al discurso historiográfico, afirma el filósofo francés, que ni siquiera el pensamiento más dogmático pudo distanciarse de ella a cabalidad, ya que, de haberlo hecho, sus adeptos habrían dejado de escribir historia.⁶

En concordancia con todo lo dicho y volviendo a la lectura de Jean Meyer, creemos que ya resulta inaceptable la imposición teórica de un positivismo indefendible.⁷ Entonces, la clave se halla en la posibilidad de que la ficción opere dentro del relato histórico, y de que la imaginación literaria baje a abreviar en la producción historiográfica, como en *Los Idus de marzo*, donde Thornton Wilder llena con la imaginación los vacíos que deja la historia del mundo antiguo.⁸

Este universo de infinitas formas de relación entre lo histórico y lo literario es el que exploran los trabajos que se suceden en el libro que el lector tiene en sus manos, y que constituye una breve muestra de cuán diversa e ilimitada puede ser la investigación histórico-literaria. Su originalidad radica en los propios contenidos de los trabajos que componen la obra en su totalidad. Son textos que abordan temas que difícilmente tendrían

⁵ Fernando Sánchez Marcos, *Huellas del futuro. Historiografía y cultura histórica en el siglo XX* (Barcelona: Universidad de Barcelona, 2012) capítulo V.

⁶ Juan David Figueroa, “Paul Ricoeur y el acontecimiento: el debate sobre la narratividad de la historia”, *Literatura: teoría, historia, crítica* 5 (marzo 2003): 43.

⁷ Meyer, “Historia”, 11.

⁸ Meyer, “Historia”, 13.

cabida en otras investigaciones de corte tradicional, donde se privilegian las grandes estructuras económicas, políticas y sociales, pero que dejan fuera otros elementos de la realidad que también contribuyen a explicarla. Creemos que, si bien modesta, se trata de una aportación significativa a esa clase de investigaciones que se adentran en espacios históricamente marginales, como el de las emociones, las identidades, la subjetividad, el simbolismo, las representaciones y otros rasgos cotidianos de la realidad social. Las páginas siguientes ofrecen una serie de hechos e interpretaciones que, salvo honrosas excepciones, han sido ignoradas por la llamada ciencia histórica y, en menor grado, por la crítica literaria. Por eso creemos que los nueve trabajos aquí compilados contribuyen a generar conocimiento novedoso sobre la sociedad humana y su diversidad cultural.

Rosa Elba Rodríguez Tomp, en “La reinención cotidiana del otro. Imágenes del componente indígena de la sociedad en el noroeste de México”, advierte sobre los prejuicios de la vieja política que buscaba homogeneizar la diversidad étnica de México, sin reparar en que dicha complejidad cultural constituye una de las mayores riquezas del país y no una expresión de su atraso social. Si, como dice la autora parafraseando a Frederik Barth, “las relaciones sociales se organizan a partir de diferencias culturales”, sería interesante plantear un gran proyecto de investigación, con un enfoque histórico-literario, que ayude a caracterizar y definir de qué forma se han establecido las fronteras étnicas e identitarias entre los distintos grupos sociales que interactúan en un momento dado y en una determinada región, de tal manera que los pueblos indígenas, históricamente segregados e incomprensidos, sean vistos bajo una nueva luz que contribuya a un mejor conocimiento de la sociedad mexicana.

Francisco Altable, en “Crónica o historia: en busca de una definición para la obra de Juan Jacobo Baegert sobre la península de California”, plantea que la obra escrita del misionero jesuita puede hacerse considerando al menos seis aspectos: 1) la discusión en torno de su carácter cronístico, 2) la idea de que es un escrito que persigue la objetividad científica ligada al pensamiento ilustrado de la época, 3) la hipótesis de que constituye un ejercicio de crítica social, 4) la presunción de que justifica y ensalza la labor de los jesuitas frente a las “mentiras” y “difamaciones” de los “enemigos” de la Compañía, 5) la conclusión de que se trata de un discurso providencialista y apologético, y 6) la concepción de que conlleva una intención estética. Para los fines del presente libro, el autor atiende la primera de dichas posibilidades de estudio y reflexiona sobre las dificultades que existen para situar la llamada crónica de Baegert en uno y otro ámbito del discurso historiográfico, si como relato histórico, si como memoria cronística. Pese a la ambigüedad que prevalece en dicho sentido, la reflexión sobre la naturaleza de dicho

texto constituye, aun sin la pretensión de arribar a conclusiones categóricas, un paso necesario con vistas a profundizar en los otros cinco elementos arriba señalados.

Beatriz Bastarrica Mora, en “Paula Kolonitz y las representaciones mentales sobre cuerpo, vestido y moda en los inicios del segundo imperio mexicano”, se adentra en uno de los tantos espacios casi intactos del tiempo histórico para tratar un tema ligado a los estudios sobre las mentalidades, el de la percepción del cuerpo humano y la indumentaria en un momento determinado del tiempo histórico, y lo hace con la idea de reconstruir la cultura material y, sobre todo, el mundo cotidiano de la subjetividad social, que en mucho ayuda a comprender las acciones humanas en el tiempo. Los libros de viajes, como el de Paula Kolonitz, nos muestran cuan abrumador puede ser el campo de la historia cultural, pero también son, como dice la autora, “una puerta de entrada extraordinaria al universo de las representaciones mentales”.

Ignacio Rivas Hernández, en “Periodismo y literatura en el Distrito Sur de la Baja California durante la etapa porfiriana”, expone el origen y desarrollo de las publicaciones periódicas en dicha región sudpeninsular, lo que permite advertir los rasgos que las distinguieron: su carácter oficial, ser promotoras del sentimiento patriótico, funcionar como un medio para fomentar el consumo de los bienes y servicios que ofrecían las principales empresas y negocios comerciales, además de abrir un espacio para la difusión de la creación literaria de autores nacionales y locales. Otro rasgo que destaca el autor es el uso de la imagen, sobre todo en la propaganda comercial y en la difusión de las ideas políticas, como una manera de atraer al lector y vincularlo a los propósitos de la política modernizadora del régimen porfiriano.

Edith González Cruz, en “Las festividades cívicas en la ciudad de La Paz durante la época porfiriana: una forma de cultivar la memoria histórica”, centra su interés en explicar que el desarrollo de las festividades dedicadas a la conmemoración de la Independencia nacional tuvo como origen la idea de cultivar la memoria histórica, esto con el propósito de exaltar el sentimiento patrio y derivar en la formación de nuevos ciudadanos, así como en la construcción de un estado sólido. Refiere también que las fiestas septembrinas fueron convirtiéndose en un acto de recreación y legitimación política a favor del presidente Díaz, cuyos principales organizadores fueron los sectores medios de la población y miembros de la elite política y económica, que se distinguían por ser los de mayor ilustración. El carácter social que caracterizó a dichas fiestas condujo a un conjunto de actividades en las que estuvieron presentes la historia y la literatura.

Juan Arturo Camacho Becerra, en “Escribir con nitrato de plata. El fotógrafo Juan Rulfo y la imagen como apunte literario”, aborda a uno de los escritores más importantes del siglo XX a partir de su trabajo creativo como fotógrafo, actividad que Rulfo cultivó

antes de dedicarse a la narrativa. En este trabajo, el autor abona en el sentido de que la fotografía tiene como una de sus principales características la evocación, de manera que la imagen y la palabra de un mismo artista pueden concordar, sin mayor problema, con la capacidad receptiva del espectador; de ahí que ambos modos de expresión converjan en la creación de una estética que reflexiona sobre el hombre y su circunstancia a través de la poesía, que es nombrar con la imagen y la palabra.

Rebeca Acevedo, en “California habla en español a través de las ondas radiales: historia de la radio californiana”, realiza un estudio de caso relacionado con la radio comercial en español, de la cual describe sus orígenes y desarrollo. Sostiene que los medios de comunicación masiva forman parte del aparato tecnológico que transmite la ideología lingüística a una comunidad de hablantes. A partir de esta idea explica la manera en que la comunidad latina residente en los Estados Unidos logra mantener la vitalidad del español en los espacios públicos durante todo el siglo XX, a pesar de políticas adversas.

Rubén Olachea Pérez, en “Estética gay: cine y machismo en México”, hace una extensa introspección sobre la mercantilización del cuerpo humano y la impronta que deja la concepción machista en las relaciones sociales. Dichas reflexiones tienen como punto de apoyo el mundo de la cinematografía mexicana, en concreto la cinta titulada *El pecado de Adán y Eva*, dirigida por Miguel Zacarías y estrenada en 1969. El fundamento metodológico parte de Fredric Jameson en su obra escrita, traducida al español como *Estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Tal es la herramienta con la que el autor desarrolla los cuatro apartados que componen el texto: el primero para establecer las bases teóricas y metodológicas de su análisis, el segundo para tratar el asunto de lo que llama “el cuerpo como espectáculo” en el cine comercial y los dos últimos para abordar el tema del machismo como un elemento multifactorial y subjetivo de la realidad social.

Mehdi Mesmoudi, en “Mohamed Chukri o la autobiografía antropofágica”, navega por el cosmos autobiográfico de Chukri, el marroquí que se devora a sí mismo en su propio discurso. “La escritura y lo autobiográfico –escribe el autor– proceden de una práctica discursiva compartida que articula el instante y el gesto de escribir como una búsqueda constante de lo autobiográfico”. Si el acto de escribir es una experiencia, escribir sobre uno mismo es volver a la vida que se ha vivido. Chukri es el escritor y al mismo tiempo el personaje de su obra, “intensa y depredadora”, “absoluta, radical, y cotidiana”, “dominada por el hambre, la sequía y la guerra” en el contexto del poscolonialismo europeo. Se trata de una “condición espectral” que se manifiesta a la vera del dolor y la impotencia.

Como se aprecia en estas nueve semblanzas y en el índice de contenidos, no existe un eje articulador en el uso tradicional del término, esto es, un elemento que permita vertebrar, con relativa precisión y claridad, un tema con el siguiente y con todos los que componen la cadena de títulos a lo largo del libro. En todo caso, diríamos que la conexión vertebral se encuentra en la centralidad de temas relacionados con el mundo de lo incontable, de lo inmaterial: las identidades sociales, las mentalidades, la cotidianidad, lo imaginario, la representatividad artística, la subjetividad, las manifestaciones culturales, así en el tiempo histórico como el ejercicio escritural. Está claro que el campo de investigación da para mucho más, pero esperamos que estos trabajos conduzcan a nuevos temarios donde se privilegie la exploración de la diversidad cultural, de los elementos inmateriales de la existencia humana, y así concurrir de nuevo en el centro de esa fecunda relación entre historiografía y literatura, entre las huellas del pasado y los atributos de la imaginación.

La Paz, Baja California Sur, marzo de 2020.

La reinvencción del otro. Imágenes del componente indígena de la sociedad en el noroeste de México

Rosa Elba Rodríguez Tomp⁹

Introducción

Durante muchos años, la necesidad de lograr hacer de México una nación homogénea impulsó desde el poder la desaparición de la diversidad étnica en México, vista como signo de atraso. Sin embargo, a pesar de los intentos, los pueblos indígenas han sido siempre un factor importante de diferenciación en la sociedad mexicana y un motivo para el surgimiento de discursos de muy diversa índole que los imaginan y describen en situaciones muy variadas.

Si, como afirma Frederik Barth,¹⁰ las relaciones sociales se organizan a partir de diferencias culturales, parece entonces una meta interesante desde el punto de vista de la investigación histórico-literaria el preguntarse de qué maneras en México, y en especial en la región noroeste, definida históricamente a partir de la interacción de grupos sociales específicos, se han establecido y mantenido las fronteras étnicas por los grupos interactuantes en su sistema social, por diversos motivos que atañen directamente a los intereses de los sujetos involucrados.

Siendo sinceros, es necesario reconocer que la tarea de discutir acerca de las distintas formas de imaginar al otro –indígena– en el noroeste de México implica serias dificultades, entre otras cosas porque las diferencias que se vuelven fronteras identitarias son siempre subjetivamente definidas y seleccionadas como significativas por los actores sociales para reconocerse a sí mismos, y pueden llegar a ser muy diferentes a las que seleccionan aquellos que interactúan con ellos. De tal modo que a los indígenas se les han adjudicado diversas características, que han cambiado con el tiempo, pero que mantienen

⁹ Universidad Autónoma de Baja California Sur.

¹⁰ Frederik Barth, comp., "Introducción", *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976), 10.

fronteras, que producen casi siempre incomprensión y segregación, al tiempo que se convierten en capital cultural que en distintos períodos históricos ha servido a los intereses dominantes, ya sean estos etnógrafos, viajeros extranjeros, misioneros, intelectuales, artistas, políticos, u otros representantes del Estado-nación.

La idea de raza como legitimadora de las diferencias entre conquistadores y conquistados

El reconocimiento de la diferencia y la construcción de la otredad en la sociedad que se fue conformando después de la conquista de los territorios americanos tenía como uno de sus principales fundamentos la necesidad de proveer mano de obra para la construcción de un nuevo dominio y, al mismo tiempo, organizar políticamente la administración de los recursos que fueron considerados estratégicos en las nuevas tierras. Ello generó la necesidad de mantener una política de exclusión, que reconocía a los individuos como diferentes y por ello les asignó culturalmente un papel, una posición determinada. Desde los primeros momentos de confrontación se fue conformando una conciencia de la diferencia entre colonizadores y colonizados, una diferencia jerarquizada, que además de ser una lucha de poder en lo económico también lo fue, y de manera aguda, una batalla en el campo de la representación, de lo simbólico, de las maneras como se vive y construye la realidad.

Así, los hijos de los conquistadores y las generaciones sucesivas fueron construyendo un conocimiento de la diferencia. El conocimiento es adquirido socialmente, mediante aprendizajes de los conjuntos de símbolos sociales con sus correspondientes significados, este proceso es construido a lo largo de la vida, de acuerdo con las relaciones sociales establecidas en el tiempo y el espacio.

Durante los siglos XVI y XVII se impuso en América un régimen de representación social en donde se enfrentó el mundo de lo cristiano al de lo no cristiano con el propósito de la conversión; más tarde fue el discurso de los bárbaros en oposición a los civilizados; en el proceso de conformación de los estados-nación modernos el discurso se fue materializando en la idea de desarrollados o no desarrollados. Justificados en un darwinismo social, se concibió y entendió la «raza» como producto de la selección natural. Por supuesto a nivel epistémico las consecuencias de esta idea de la diferencia son adversas, se ha llegado a categorizar lo humano, a través de factores que por demás se consideran «objetivos», como lo biológico. Es así como podemos afirmar que el

racismo es una práctica que inicia en el siglo XV, con la colonización del continente americano. Como afirma Aníbal Quijano:

La idea de raza, quizás se originó como referencia a las diferencias fenotípicas entre conquistadores y conquistados, pero lo que importa es que muy pronto fue construida como referencia a supuestas estructuras biológicas diferenciales entre esos grupos. La formación de relaciones sociales fundadas en dicha idea produjo en América identidades sociales históricamente nuevas: indios, negros y mestizos y redefinió otras... En otros términos, raza e identidad racial fueron establecidas como instrumentos de clasificación social básica de la población.¹¹

El término «castas» se utilizó para designar a los grupos de mezcla racial. Este sistema permitió establecer una separación entre estos grupos, asociándolos bajo parámetros tan subjetivos como los de legitimidad e ilegitimidad, buen o mal nacimiento y pureza de sangre. Aunque las características físicas eran la principal fuente de identificación de los individuos pertenecientes a las diversas castas, también las características sociales, psicológicas y económicas, que se consideraron íntimamente relacionadas, eran tomadas en cuenta para los efectos de la otredad. Lo biológico estaba determinado y se suponía inseparable de lo cultural. Dentro del concepto de castas se encuentra inserto el imaginario de la altura, del poder y diametralmente opuesto a éste, el de la bajeza, su contrario, falta de poder y dominado, el «otro», según el imaginario, lo euroamericano, era lo que representaba el ideal de perfección. Al fijar las diferencias y las identidades de los «otros», fue posible asegurar los términos de la otredad, haciéndola parte «natural» de la sociedad, por tanto, la lógica hegemónica de subordinación fue el orden natural de las cosas: los cuerpos y las caras, al igual que las posiciones socio-económicas y la “calidad moral”, estaban ya determinados de antemano.

Época colonial: las bases de la construcción del “otro” indio

El término “indio” se emplea en este trabajo para designar al habitante natural del Nuevo Mundo y remite a un fenómeno histórico que tiene que ver con los acontecimientos que rodearon a los primeros viajes y reconocimientos de los territorios que habrían de conformar el continente americano. Como es bien sabido América, desde el punto de vista europeo, surgió en los albores de la Edad Moderna como una masa continental en mitad del océano que, prolongándose de norte a sur, impedía la navegación hacia las ansiadas

¹¹ Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” *La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander (Buenos Aires: CLACSO, 1993), 202.

costas asiáticas. Esa condición de barrera continua frente a la navegación, que se extendía de polo a polo, hizo que aquellas tierras diversas y muy variadas fueran percibidas en Europa como una sola unidad geográfica y un espacio único, como unas Indias nuevas ubicadas al occidente y pobladas por unos “naturales” que se imaginaron igualmente homogéneos a lo largo y ancho de su enorme geografía. Es interesante reconocer, a través de documentos de muy diversa índole, generados en épocas muy anteriores al descubrimiento de América, que las imágenes construidas con respecto a “los otros”, es decir, los aborígenes americanos, fueron solo unas más en la ya larga tradición de manifestaciones de un exacerbado etnocentrismo que se dio en ese mundo en expansión que fue la cristiandad europea, en el que no había lugar para los “diferentes” que no fuera automáticamente asociado al demonio. De manera que el hereje, el judío, el moro, el ignorante del “Dios verdadero” que vivían equivocados y necesitados de guía e instrucción, estaban ya en el imaginario de la España recién unificada bajo el símbolo de la cruz cuando el así llamado “indio” hizo su aparición en las crónicas y relatos del descubrimiento. La lengua, como hilo conductor de la experiencia cultural, al describir a los paisajes recién “descubiertos” en toda su riqueza y diversidad, estableció patrones de asignación de identidades en los que se establecieron semejanzas en relación con lo ya familiar, de manera que al nombrar nuevos lugares y objetos con apelativos ya conocidos se asimiló lo extraño a lo ya conocido. En el descubrimiento y conquista de tierras americanas por parte de los europeos el acto de nombrar a sus habitantes “indios”, si bien partió del error en el que cayó Cristóbal Colón, proporcionó a los conquistadores un medio eficaz de reconocer al “otro” dotándolo de una identidad simplificada que ignoraba los detalles de la diversidad cultural americana y facilitaba un mejor dominio.

La experiencia europea en América fue dando como resultado toda una variedad de novedades que eran transmitidas mediante los escritos, reportes, actas, cartas y otros de diversa índole, que llegaban de manera desigual y espaciada a los públicos interesados. Si bien es cierto que toda la gran cantidad de documentos que comenzó a circular con respecto a la nueva tierra y sus habitantes tenía como propósito, en términos generales, sobresalir en la lucha por el poder entre los distintos actores interesados con el fin de obtener privilegios y mostrar el esfuerzo que iba a implicar su conquista y colonización, cada uno de aquellos que describían a los pobladores de aquellos parajes construía imágenes que contribuyeron a crear una conciencia de la alteridad con respecto a los americanos. La gran mayoría de la población mundial no tenía la movilidad suficiente ni el acceso a literatura que le permitiera tomar conocimiento presencial del enorme abanico de experiencias intercontinentales, pero por muchos caminos llegó poco a poco la información sobre las “nuevas maravillas”. Afirmo, siguiendo el pensamiento del clásico

de Edmundo O’Gorman,¹² que América no fue descubierta, como si, existiendo ya antes de la llegada de los españoles, éstos, simplemente, hubieran reducido sus acciones a encontrarla; ni creada –acción atribuida sólo a Dios– sino inventada; es decir, que comenzó a existir a partir de la interpretación que fueron haciendo todos aquellos que se topaban con esos nuevos espacios desde un trasfondo cultural europeo y católico. Y, por supuesto, lo mismo puede decirse de sus habitantes, cuya imagen fue construyéndose en un proceso paralelo al de sus territorios.

El estudio de los sujetos sociales que disputan la conformación de un nuevo orden puede considerarse como una forma de acercarse a procesos socio-históricos más amplios. Esto es posible en tanto se concibe a los sujetos sociales como espacios analíticos desde los que pueden estudiarse aspectos vinculados al conflicto y el cambio social, las identidades, los imaginarios y la acción colectiva. Cada teoría creada, cada conocimiento generado se relaciona siempre de manera directa con un tiempo y un espacio particulares y como resultado de necesidades particulares. Darío Barboza Martínez¹³ recoge de Althusser el concepto de “interpelación” para sustentar su teoría de la construcción de los sujetos sociales. Barboza quiere dejar claro que no existe un lugar privilegiado desde el que se construyan los sujetos sociales, sino un mecanismo mediante el cual la ideología actúa de tal manera que recluta a sujetos entre los individuos o transforma a los individuos en sujetos. En el caso de la América colonizada por España, aunque imaginados de distintas formas, esos “otros” recién descubiertos, fueron desde los primeros encuentros explicados y “construidos” a partir de una confianza irrestricta en la superioridad del conquistador, reivindicada a partir de la fe católica. En la construcción de esa imagen encontramos también una muy acusada tendencia a invocar no solamente a los “otros” contemporáneos, a aquellos que pisaban por primera vez tierras americanas y se asumieron como defensores de la fe católica, sino también los descritos en la literatura de la antigüedad clásica. Para el humanista lombardo Pedro Mártir de Anglería, quien a partir de su trabajo interesado había acumulado una gran cantidad de conocimiento sobre los descubrimientos, conquistas y fundaciones de los españoles en el que él mismo había designado como “Nuevo Mundo”,¹⁴ los nativos del nuevo continente eran muy parecidos a los habitantes de la Edad Dorada, ya que, según él: “no conocen ni pesos ni medidas, ni esa fuente de todas las desgracias, el dinero; viven en una edad de oro, sin leyes, sin jueces mendaces, sin libros...” Aunque Mártir de

¹² Edmundo O’ Gorman, *La Invención de América* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

¹³ Darío Martínez Barbosa, “La Construcción de los sujetos sociales, entre Hegel y Althusser” en *Revista Tales*, 4(2011), http://revistatales.files.wordpress.com/2012/05/313_nro4nro4.pdf (consultado el 28 de abril de 2013).

¹⁴ José Torre Revello, 1957, Pedro Mártir de Anglería y su obra: *De Orbe Novo*, https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/12/TH_12_123_141_0.pdf (consultado el 14 de febrero de 2019).